

LA MISA SACRAMENTO DE LA PASION Y MUERTE DE CRISTO

RENOVACION DE LA MUERTE EN LA CRUZ

La Santa Misa es el Santo Sacrificio de la Cruz renovado incruentamente sobre el altar, es la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario.

La realidad del Sacrificio de la Misa no es sólo natural, ni únicamente sobrenatural, sino que es un tercer orden donde se conjugan lo natural y lo sobrenatural conjunta e inseparablemente, es la realidad sacramental que como todo sacramento es un signo sensible (natural) que produce *ex opere operato* (por la acción misma realizada u operada) la gracia que significa.

La Santa Misa es una realidad sacramental, a tal punto que en español se llegó a decir o hablar de Jesús Sacramentado para referirse a la Sagrada Hostia consagrada.

La Santa Misa es una realidad sacramental que consiste en un verdadero y real sacrificio sacramentalmente realizado por la acción sacramental del sacerdote que es *alter Christus sacramentaliter*, otro Cristo sacramentalmente por efecto de la gracia sacerdotal, que es una participación específica de la gracia de Unión Hipostática de Cristo como también Monseñor Lefebvre lo menciona en su Itinerario Espiritual (y que Monseñor Tissier, dicho sea de paso, se da el lujo de refutar en el libro que hizo sobre su biografía), y no una participación general de la gracia de Cristo como algunos teólogos no muy lúcidamente creen.

La Santa Misa como sacrificio real y verdadero es un sacrificio sacramentalmente realizado, es decir no es un sacrificio natural, físico y cruento, sino sacramental e incruento, con realidad substancial.

El vocablo cruento indica derramamiento físico de sangre, de aquí que el término incruento significa que no se trata de un derramamiento de sangre físico o natural, lo cual no significa que no haya efusión de sangre sacramentalmente (no natural, sino sacramental) que es el punto que algunos teólogos no han suficientemente captado y considerado.

Así el padre Garrigou-Lagrange, entre otros, hablan de efusión sacramental en la Santa Misa en el Sacrificio de la Misa, lo cual es evidente para que se pueda hablar de verdadero y real sacrificio sacramental, ya que no hay sacrificio pleno sin efusión o derramamiento de sangre tanto en la Cruz como en la Misa, pero de modo distinto. Para que se pueda hablar de Sacrificio de la Misa es evidente que tiene que haber sangre, su efusión o derramamiento, pero con la diferencia de ser sacramental y no física o natural como lo fue en la Cruz.

Si hay, como es así, efusión de sangre sacramental en el Santo Sacrificio de la Misa, es claro que también tiene que haber muerte del mismo modo, pero muerte no física y natural (cruenta) sino muerte sacramental real y verdadera, operada por la doble consagración separada que significa y causa el estado de efusión sacramental de la sangre y el estado en consecuencia de muerte sacramental. Esta efusión y muerte sacramental es lo que se realiza (renueva) en el Santo Sacrificio de la Misa, lo cual significa que la Santa Misa es la renovación sacramental de la Muerte de Cristo en la Cruz representada (vuelve a hacerse presente, hace presente) sobre el

altar. De aquí que algunos teólogos hablan de muerte mística, aunque por la expresión misma el término místico no es muy contundente y preciso dada su amplitud.

En la Santa Misa no hay muerte física (natural, sensible, visible), pero sí hay muerte sacramental (o estado de muerte sacramental), hay inmolación sacramental, hay efusión de sangre sacramentalmente derramada (separada). En la Santa Misa hay inmolación sacramental por la destrucción de la víctima que está muerta (cuerpo sin sangre) con muerte sacramental, o estado de muerte que se ha renovado sacramentalmente. Hay muerte sacramental realizada por la separación sacramental del Cuerpo y la Sangre. Hay efusión de sangre derramada sacramentalmente por la separación sacramental del Cuerpo y la Sangre consagrados separadamente. Hay sacrificio sacramentalmente realizado por la representación sacramental que renueva el Sacrificio del Calvario bajo las especies separadas del pan y del vino. Hay representación sacramental (por la renovación sacramental) de la muerte (física, natural) de Cristo en la Cruz por la separación sacramental del Cuerpo y de la Sangre operada por la doble consagración.

Renovar es hacer algo de nuevo, realizarlo de nuevo; es hacer nuevamente lo mismo, hacer de nuevo algo del pasado, y en este caso, hacer de nuevo el hecho histórico de la muerte de Cristo en la Cruz, de modo incruento sacramental. Representación (representar) es hacer presente, se hace presente nuevamente lo acontecido en la Cruz, el estado de muerte que hubo en la Cruz por el derramamiento (efusión) de la Sangre que se separó del Cuerpo. La representación puede ser por sí mismo o por otro gramaticalmente hablando, pero hay que tomar el término representar en su sentido clásico y no moderno, y mucho menos modernista. Representación hay que tomarlo en sentido teológico según Santo Tomas y según el Concilio de Trento.

Cuando se habla de símbolo se refiere a las apariencias o las especies, accidentes del pan y del vino, pero bajo estas especies (apariencias o accidentes) hay una realidad presente substancialmente: el Cuerpo y la Sangre separados sacramentalmente, que representa también sacramental y substancialmente la Pasión y Muerte de Cristo sobre la Cruz. Los símbolos (signos simbólicos) señalan o se refieren a las especies (accidentes) del pan y del vino, que son signos de las especies, es un símbolo de la realidad sacramental. La inmolación (sacramental) operada por la doble consagración que separa la Sangre y el Cuerpo (ex vi sacramenti), es la separación sacramental que constituye la esencia del sacrificio sacramental realizado en la Misa, y no hay que confundirla con el símbolo.

Sin inmolación no hay sacrificio de la Cruz, ni de la Misa, y esa inmolación se realiza con la muerte. Sin muerte no hay sacrificio de la Cruz. Así, en la Misa para que sea un real y verdadero sacrificio, el mismo de la Cruz, tiene que haber muerte, no cruenta sino incruenta o sacramental; pues sin muerte sacramental no hay sacrificio de la Misa. No basta la presencia substancial, sino que debe haber, además, la separación del Cuerpo y de la Sangre, lo cual se realiza sacramentalmente por la doble consagración por separado. Esto es lo que la Misa representa y renueva sacramental y substancialmente como Sacrificio propiciatorio real y verdadero.

Pero el estado de muerte sacramental requiere no sólo la presencia real del Cuerpo o de la Sangre de Cristo bajo las especies, sino además la efusión sacramental sin la cual no hay muerte,

ni sacrificio, ni inmolación en la Misa, y esta efusión es la que se realiza por la doble consagración sacramental que separa el Cuerpo y la Sangre de Cristo. En la Cruz hubo efusión física, en la Misa hay, cada vez, efusión sacramental. Ambas efusiones son reales, la una con realidad física, natural, la otra con realidad sacramental, tan real la una como la otra, cada una en su orden.

De nada vale decir que en la Misa hay sacrificio real y verdadero, luego que hay inmolación, si no se tiene claro y se concibe que se trata de una efusión sacramental y de una muerte sacramental, y esto es lo que permite afirmar que la Misa es un verdadero y real sacrificio, una verdadera y real inmolación incruenta. Sólo así puede haber el mismo y único sacrificio de la Cruz representado y renovado sacramentalmente sobre el altar, con lo cual se representa y se renueva la misma muerte de la Cruz sobre el altar de modo sacramental o incruento.

La muerte de Cristo en la Cruz es hoy un hecho pretérito (el Jueves Santo día de la Cena antes de la Pasión, sería un hecho futuro). La Misa en tanto sacrificio real y verdadero renueva el mismo hecho pretérito sobre el altar por la representación sacramental no natural, ni física, ni violenta ni cruentamente, sino incruentamente por la separación sacramental del Cuerpo y de la Sangre que expresan substancialmente la muerte; realizan actualmente el estado de muerte que aconteció en la Cruz. El estado de muerte es producido por la doble transubstanciación produciendo la separación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo por la fuerza o virtud del sacramento, que están real y substancialmente presentes bajo las especies (apariencias accidentales) del pan y del vino. Las especies o accidentes son signos o símbolos de la Pasión y Muerte en la Cruz. Esta separación sacramental renueva, reproduce y representa real y verdaderamente la muerte, de modo sacramental e incruento. Hay entonces muerte sacramental, inmolación sacramental y efusión sacramental de la sangre, sin lo cual no habría ni podría haber real y verdadero sacrificio de la Santa Misa.

Al definir la Misa como la renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz, se vuelve lógico y evidente señalar que la Misa es la renovación incruenta de la muerte de Cristo sobre la Cruz, pues el Sacrificio de la Cruz es justamente de la muerte en la Cruz donde derramó su Sangre por nosotros. Luego esta muerte y efusión de sangre que caracteriza la Muerte en el Calvario tienen que darse en la Misa pero de modo sacramental, incruento, por lo cual en la Misa se renueva la efusión de sangre incruentamente, sacramentalmente.

La muerte simbólica es lo visible, lo que se ve de las especies del pan y del vino separados, pero esta muerte no agota la realidad sacramental, pues la muerte sacramental por la separación del Cuerpo y de la Sangre es la que representa la Muerte en la Cruz, el estado de muerte sobre la Cruz, donde murió Cristo física y naturalmente derramando su Sangre. Esta misma Sangre separada del Cuerpo representa sacramentalmente la Muerte de Cristo en la Cruz, su Pasión y su Muerte. No es sólo el símbolo de las apariencias (accidentes) del pan y del vino (muerte aparente), si no la realidad substancial del Cuerpo y de la Sangre de Cristo separados por la doble consagración y causados por la doble transubstanciación, lo cual representa la muerte sacramental de Cristo. La muerte simbólica (visible) o muerte aparente (lo que aparece, es decir los accidentes) no es la muerte sacramental, la cual no se ve, pues la substancia del Cuerpo separado y de la Sangre derramada de Cristo no se ven.

No hay que confundir inmolación, sacrificio, efusión y muerte simbólica por las especies (visible por las apariencias o accidentes del pan y del vino), con la inmolación, sacrificio, efusión y muerte real sacramental, de la realidad substancialmente presente en estado de muerte sacramental. La Misa es un misterio sacramental y el misterio sacramental más grande que existe (*mysterium fidei*). Cristo no muere como persona (Divina) que es, si no como hombre cuya Alma se separó de su Cuerpo muriendo en la Cruz, muerte que aconteció por la efusión de su Sangre separada del Cuerpo; por eso algunos, fijándose más en la Persona Divina y en el estado actual de su Cuerpo glorioso hablan de muerte aparente pensando más en esto que en la humanidad de Cristo al referirse a la Misa. Pero hablar de muerte aparente implica que todo es también aparente: el sacramento, el sacrificio, la inmolación, y esto es puro protestantismo y modernismo. Lo sacramental es tan real como lo natural (material o espiritual) y lo sobrenatural.

Nuestro Señor no vuelve a morir, ni vuelve a sacrificarse de nuevo en cada Misa, como si volviese a morir otra vez, y así para evitar este error algunos hablan de muerte aparente. En cada Misa vuelve a reproducirse, a realizarse nuevamente el mismo sacrificio, la misma inmolación y la misma muerte pretérita (de la Cruz), luego hay en cada Misa sacrificio, inmolación y muerte sacramental, y en este sentido se reproduce lo mismo, se realiza lo mismo una vez más. Por esto la Misa es la renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz. La Misa es la efusión sacramental de la Sangre de Cristo. La Misa es la representación sacramental de la muerte de Cristo. En la Santa Misa se renueva sacramentalmente el estado de muerte que Cristo tuvo sobre la Cruz hace 2000 años. Sin efusión de sangre no hay remisión de los pecados: “*Sine sanguinis effusione non fit remissio, Hebr.*” (S. Th. III, q.69, a.1, ad 2), como tampoco hay aplicación de esa remisión de los pecados sin efusión sacramental de la Santa Misa, es evidente.

Debe quedar claro que en el Santo Sacrificio de la Misa no hay muerte aparente sino muerte real sacramental, o estado de muerte real sacramental, no una nueva muerte, otra muerte, sino la misma de la Cruz reproducida, repetida o renovada sacramental y substancialmente. Citamos el siguiente texto de Santo Tomás de Aquino, que basta y es suficiente: “*Eucharistia est sacramentum passionis Christi*” (S. Th. III, q. 73, a.3, ad 3). La Misa es el sacramento de la Pasión de Cristo, luego de la muerte, es evidente. Por esto la Misa es la representación sacramental de la Muerte de Cristo, es la renovación sacramental de la Muerte de Cristo. La Misa es la representación sacramental real y verdadera del drama de la Cruz, de la inmolación de Cristo en la Cruz, de la efusión de la Sangre derramada en la Cruz, de la muerte de Cristo en la Cruz, de la Pasión y Muerte de Cristo en el Calvario.

Es más que un símbolo que se ve, es el misterio sacramental que no se ve cuya substancia si bien no se ve está presente bajo las especies, apariencias, accidentes del pan y del vino; la presencia substancial no se ve, pero está ahí en estado de inmolación, de sacrificio, de efusión de sangre y de muerte sacramentales. En la Misa hay Sacrificio y Muerte sacramental pero no hay deicidio. El sacerdote sacrifica pero no es deicida al renovar sacramentalmente en cada Misa el Sacrificio del Calvario. No hay deicidio al realizar el sacrificio sacramentalmente, es un sacrificio puramente sacramental. Por esto no hay que confundir Sacrificio natural cruento de Cristo y Sacrificio Eucarístico de Cristo.

La Misa es un sacrificio sacramental que renueva y representa la muerte en la Cruz; la Misa es el sacramento de la Muerte de Cristo, pero Nuestro Señor Jesucristo no está en la Misa nuevamente muriendo aparentemente, ni realmente tampoco, pues no vuelve a morir otra vez. El cuerpo de Cristo está en estado de muerte sacramental lo cual representa la muerte física en la Cruz, de modo sacramental, incruento, renovándose así la muerte sacramental, por lo cual en cada Misa se realiza y se causa la muerte substancialmente. Hay muerte sacramental o estado de muerte sacramental sin que vuelva de nuevo a morir una segunda o enésima vez. Cristo no vuelve a morir de nuevo (nuevamente), lo que se realiza de nuevo es el estado de muerte que tuvo en la Cruz. Cristo no se sacrifica, ni se inmola, ni muere de nuevo; en la Misa se vuelve a reproducir el sacrificio, la inmólación, la efusión y la muerte de Cristo que hubo en la Cruz de modo sacramental. Tenemos, así, el mismo sacrificio, la misma inmólación, la misma efusión, la misma muerte substancialmente que hubo en la Cruz, renovándose la muerte y representándose de nuevo de modo sacramental, incruentamente.

Es gracias a la realidad substancial, sacramental (no puramente simbólica), que se puede realizar la misma realidad de orden físico o natural, pero de modo sacramental.

La Misa es la representación de la muerte en la Cruz, la misma muerte pretérita del Calvario, renovada, representada, vuelta presente, presentada nuevamente sin sufrir ni morir. La muerte está producida substancialmente, es decir, se renueva sacramentalmente la efusión o derramamiento de la sangre, substancialmente presente por la transubstanciación.

¿Por qué se habla o debe hablar de muerte en la Misa? Porque en virtud de las palabras sacramentales o forma del sacramento se consagra (*ex vi sacramenti*) el Cuerpo y la Sangre separados, y esto constituye la muerte sacramental realmente y no aparentemente, pues tenemos sacramentalmente el Cuerpo sin Sangre y la Sangre separada del Cuerpo, por efecto directo de la transubstanciación. Aunque por concomitancia, allí donde está el Cuerpo está la Sangre y viceversa, junto con el Alma y Divinidad, pues está Cristo todo entero. No hay que confundir lo real natural con lo real sacramental. Hay que distinguir como hace Santo Tomas entre *ex vi sacramenti* y *ex naturale concomitantia*, lo uno pertenece a la realidad sacramental y lo otro a la realidad natural, física.

Lo real no excluye lo sacramental ni la muerte real a la muerte sacramental; lo real excluye el no ser; real es lo que es, y lo no real es lo que no es: la nada; todo lo sacramental tiene un ser sacramental, una realidad substancial, de lo contrario no se podría hablar de presencia real, verdadera y substancial de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Hostia. Negarlo es una herejía.

Cuando San Pedro Eymard o algún otro dice que no hay muerte real esto quiere decir que no hay muerte física, natural; y cuando habla de muerte mística quiere decir más exactamente muerte sacramental; pero esta muerte es real según la realidad sacramental, representativa, significativa y causal.

Si la Sangre está separada del Cuerpo es porque por lo menos en algún momento o instante se separó del Cuerpo, y en esta separación consiste el derramamiento o efusión de sangre, sea física

o sea sacramental, y esta separación producida sacramentalmente por las palabras de la consagración, constituyen la efusión sacramental.

La transubstanciación (la conversión de la substancia) del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo termina directamente en el Cuerpo sin Sangre y sin Alma, ni Divinidad, y de la Sangre derramada, sin el Cuerpo ni Alma, ni Divinidad. Es la substancia únicamente del Cuerpo y de la Sangre sin más, lo causado por la transubstanciación. Todo lo demás viene a estar por natural concomitancia, es decir, lo que esta naturalmente unido, actualmente, ahora (la realidad física actual).

El Cuerpo y la Sangre están separados sacramental y realmente, y está mal decir que están separados sacramentalmente pero no realmente; lo sacramental y lo real no se oponen, lo que se opone o distingue es lo natural y lo sacramental. Negar la realidad sacramental es protestantismo puro y herejía modernista.

Hay tres realidades o tres órdenes distintos de la realidad: la natural, la sobrenatural y la sacramental. El orden sacramental nace del matrimonio indisoluble entre el orden natural y el orden sobrenatural. La Encarnación es el matrimonio indisoluble de lo natural creado con la Divinidad increada unidos en Cristo por toda la eternidad.

Lo místico y lo simbólico pueden referirse y aplicarse a cualquiera de estos tres órdenes de lo real, que son el natural, el sobrenatural y el sacramental. Lo sacramental es tan real como lo es lo natural y lo sobrenatural.

La muerte sacramental de Cristo en la Eucaristía, en el Sacrificio Eucarístico, o Sacrificio de la Santa Misa, es una muerte real, no física ni natural, sino sacramental, incruenta, es un estado de muerte real sacramental, pues el Cuerpo de Cristo y su Sangre están realmente presentes y separados substancialmente por la doble consagración por fuerza y efecto causal de las palabras sacramentales de la forma sobre la materia, no están en la propia y natural especie (cuerpo vivo, sangre viva circulando por las venas) sino en estado de muerte, de separación sacramental. Por estado natural Cristo está vivo en el cielo, por estado sacramental está muerto, en estado de muerte sacramental. Su Cuerpo está separado de su Sangre sobre el altar, aunque por natural concomitancia el Cuerpo está vivo y glorioso y así tenemos Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad bajo cada especie consagrada, pero esto no es por efecto causal de la transubstanciación, que termina directa y únicamente en la substancia del Cuerpo exangüe, muerto, y la substancia de la Sangre derramada, por efecto causal sacramental: *ex vi sacramenti*.

Cristo, la Verdad Eterna nos dejó con su Pasión y su Muerte el testimonio del sacrificio de la Cruz y su prolongación sacramental en la Santa Misa. La verdad conocida y asumida en el amor nos lleva inexorablemente al don de sí hasta la inmolación y la muerte, que nos dejó Nuestro Señor como testamento sacramentalmente.

No hay que confundir símbolos, signos, accidentes sacramentales (apariencias de pan y vino): *sacramentum tantum*, con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, o sea la substancia del Cuerpo y la Sangre: *res et sacramentum*; ni confundir la gracia: *res tantum*, que es el efecto sobrenatural,

con el Cuerpo y la Sangre substancialmente presentes en estado de víctima muerta, *Christum Passum*.

Tenemos, así, la doble consagración que realiza la transubstanciación, esta conversión milagrosa y sobrenatural de todo el ente (toda la substancia entitativa) del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, *ex vi sacramenti* únicamente, y por real o natural concomitancia (lo que está realmente unido) *ex naturali concomitantia*, tenemos el Alma y Divinidad. La efusión de la sangre derramada (separada) sacramentalmente representa (hace presente) la víctima muerta, y por eso se la menciona en la forma de la consagración de la sangre.

La muerte de Cristo consiste en la separación de su Cuerpo y de su Sangre, la cual representa (hace presente) la muerte de Cristo sacramentalmente. Es el misterio de fe del Cuerpo y de la Sangre de Cristo substancialmente presentes y sacramentalmente separados; es el misterio de fe, de la muerte substancial (del estado de muerte substancialmente) representada, renovada sacramentalmente.

Hay que notar que por la virtud del sacramento lo que se convierte es el pan en el Cuerpo y nada más, y lo mismo con el vino que se convierte en la Sangre y nada más; todo el resto está presente por real o natural concomitancia. Esta separación sacramental le confiere el estado de víctima muerta sacramentalmente, aunque esté vivo y glorioso físicamente en el cielo, ahora, actualmente; pero no fue así los tres días que estuvo su cuerpo muerto en el sepulcro.

El término de la transubstanciación del pan, es el Cuerpo (la substancia del Cuerpo) de Cristo; el término de la transubstanciación del vino, es la Sangre (la substancia de la Sangre) de Cristo, y nada más; todo lo demás que hay es por concomitancia (*ex reali concomitantia* o *ex naturali concomitantia*), pero no por la virtud del sacramento (*ex vi sacramenti*), y se realiza sacramentalmente, esto es según la virtud significativa (S.Th. III, q.78, a.2, ad 2).

Cuando Santo Tomas habla de pasión habla de efusión de sangre, pues la efusión pertenece directamente a la pasión de Cristo: “*Effusio sanguinis directe pertinebat ad ipsam Christi passionem*” (S. Th. III, q. 74, a.7; ad 2). La Sangre fue separada del Cuerpo por la pasión. No hay pasión de Cristo sin efusión de sangre y sin muerte.

El sacrificio de la Misa es esencialmente la representación sacramental de la Pasión de Cristo, esto es de la muerte por la separación de la Sangre, es la renovación substancial de la muerte de Cristo, es la representación sacramental y substancial de la muerte de Cristo.

Para evitar en lo posible confusiones terminológicas que alteren erróneamente los conceptos conviene recordar las siguientes observaciones o aclaraciones.

El vocablo renovar puede entenderse de una u otra forma: hacer presente o hacerse presente de nuevo, nuevamente, sea por sí mismo en persona o la cosa misma (según el caso); sea por otro u otra cosa: figura, imagen, símbolo, etc. No confundir los símbolos de muerte (accidentes) con la muerte sacramental (o estado de muerte) substancial.

El término renovar puede entenderse, también, de dos formas o maneras distintas: hacer de nuevo o nuevamente lo mismo, la misma cosa pasada (pretérita), repetir lo mismo; o hacer de

nuevo, nuevamente algo una segunda o tercera o enésima vez, repetir lo mismo pero otra vez, un segundo, tercer o enésimo hecho, no el mismo hecho sino otro.

El término místico puede aplicarse a lo natural y físico, así como a lo sobrenatural, además del sacramental. El término real puede referirse al orden natural (tanto material como espiritual), y puede aplicarse al orden sobrenatural, además del orden sacramental, que es tan real como los otros dos órdenes.

A pesar de que Nuestro Señor Jesucristo está tal cual como se encuentra en el cielo con su cuerpo vivo y glorioso en la Sagrada Hostia, pues por fe católica se debe confesar que Cristo está todo entero en este sacramento, sin embargo Santo Tomás no duda en afirmar que Cristo está muerto: “Quantum autem ad ipsum Christum passum, aquí continetur in hoc sacramentum” (S.Th. III.q.73, a.6); se trata de Cristo muerto en la Cruz, de la muerte pasada, no de una muerte presente (nueva), es el Cristo muerto, no el Cristo mortal en la tierra, ni el Cristo inmortal en el cielo, es el Cristo muerto en la Cruz, de esto se trata.

En la Misa Nuestro Señor está en estado de víctima o victimación sacramental, en la Cruz lo estuvo como víctima o victimación natural. La victimación sacramental es la que permite la realización de la Misa como verdadero y real sacrificio, el mismo (y no otro) de la Cruz. La victimación sacramental es la muerte sacramental, la efusión sacramental sin la cual no hay ni puede haber ni sacrificio ni inmolación. La Santa Misa es el sacramento de la Pasión y Muerte de Cristo, es la representación substancial de la Muerte de Cristo en la Cruz, sacramentalmente renovada sobre el altar.

El Sacrificio de la Misa es el misterio de la Muerte de Cristo en la Cruz, esto es el *Mysterium Fidei* (el misterio de fe). La Santa Misa es la representación de la Muerte de Cristo en la Cruz; representación, es decir, que hace presente la Muerte de Cristo en la Cruz. Es el sacramento del triunfo de Cristo muerto en la Cruz.

No es el Cristo mortal y pasible, no es el Cristo inmortal y glorioso, es el Cristo muerto en la Cruz que ha derramado su Sangre. Es la muerte de Cristo sobre la Cruz, su Cuerpo exangüe, sin vida, sin Alma, el Cuerpo muerto y su Sangre derramada en la Cruz. Es la representación de ese momento de la vida terrestre del Verbo Encarnado, en el que muere gloriosamente sobre la Cruz, ofreciendo su muerte al Padre. La Santa Misa es la perpetuación de la muerte de Cristo sobre la Cruz, inmolado, sacrificado sobre el Calvario, derramando su divina Sangre por el pecado, ofreciéndola al Padre y a toda la Santísima Trinidad, ofreciendo su muerte como hombre, como creatura, que se inmola, sacrifica y muere en la Cruz por amor a los hombres.

¿Qué más se puede pedir?, ¿qué más se puede hacer? Imposible, es el paroxismo del amor crucificado y su triunfo eterno sobre el Mal y el Maligno, recapitulándolo todo en Él. *Instaurare omnia in Christo*, y dejándonos éste su Testamento Eterno, hasta su vuelta gloriosa el día de su majestuosa *Parusía*.

P. Basilio Méramo

Bogotá, Agosto 15 de 2011. En la fiesta de la Asunción